



ILUSTRE COLEGIO
DE LA ABOGACÍA
DE MADRID

3º Puesto

Historias Con Vocación de Oficio

#convocacióndeoficio



8

Sonó el teléfono, pero estaba demasiado cansado. Así que extendió su brazo palpando la mesilla de noche para intentar silenciarlo y se le cayó al suelo. Dejó de sonar y volvió a dormirse profundamente. Poco duró aquel estado de letargo fetal, porque empezó a sonar de nuevo y entonces, ahora sí, justo cuando el último tono le zarandeaba su cuna mental, abrió los ojos, consciente de que podía ser de la guardia, y de un respingo se incorporó y cogió el móvil del suelo. Efectivamente, tenía dos llamadas perdidas de lo que ya tenía registrado como teléfono del colegio. Remarcó rápidamente la última:

-Disculpad, me quedé dormido.

- No se preocupe.

- Pero si ayer salí pasadas las doce, ¿cómo me llamáis tan temprano?

- Ha sido una noche movida por lo que se ve y ya han salido de nuevo todos sus compañeros. La rueda de designaciones vuelve a apuntarle. Vaya a las nueve a la comisaría...

Tenía la cabeza como una piñata. Que te desvelen a la noche al haberte acostado temprano y de nuevo poco antes de la salida del sol, auguraba una jornada que podía ser intensa. Una vez en comisaría, se cumplió la ley de Murphy. Si llegas puntual, se retrasarán, y viceversa. Sus párpados parecían emplomados, y justo cuando sentía el relajo del duermevela, una agente de la policía nacional le requirió para su siguiente asistencia.

Al bajar a calabozos, aquello parecía más un psiquiátrico que una comisaría. Varios agentes trataban de calmar a un detenido mientras otro aporreaba la puerta del calabozo. De nuevo sonaba el teléfono para las próximas designaciones, esta vez, ya sí, en sede judicial. Por fin salía de aquel ambiente insalubre, esta vez más por la tensión emocional que por la higiene, cuando decidió premiarse con un buen café. Pero entonces sintió la vibración de su teléfono:

- Letrado, ¿cuánto tardará usted en llegar? El Juez quiere pasar a su detenido cuanto antes. Parece ser que si no lo hacemos los primeros puede rebasarse el tiempo de detención legal.

- Ya, y que culpa tengo yo...



Decidió resignarse y posponer su café.

Al llegar al Juzgado, se encontró con la habitual jaula de grillos. Funcionarios despachando expedientes como si no hubiera un mañana. Letrados haciendo cola para figurar en la lista de llegada y examinar actuaciones. Quedarse quieto a la entrada de la oficina judicial no le garantizaría esa mañana ningún tipo de atención, por lo que, identificado el procedimiento, se plantó frente al funcionario competente. Tras unos minutos sin que éste alzara su mirada, tomó la determinación de darle el número de procedimiento.

- Los procedimientos están en sala. Aquí no podéis verlos -respondió tibio y displicente-.

Una expiración del abogado reprimió la empresa de una contienda inútil con aquel tramitador. Durante las guardias, las cosas y la personas, podían resultar imprevisibles.

Sabía que lo que les esperaba remataría la jornada. La interacción de funcionarios, abogados y detenidos podría parecerse a la de los tripulantes y pasajeros del Titanic sobre cubierta en pleno hundimiento. Pero ya había que echar el resto. Visitas en calabozos a los detenidos, en unos locutorios convertidos en cabinas de insonorización contrarias a la más elemental comunicación, irían seguidas de la entrada a lo que parecían más unas salas de ejecuciones que de toma de declaraciones. De ellas podía salir el abogado convertido en detenido, y hasta el guion de una serie distópica de Netflix.

Pero cualquier abogado acababa dándose cuenta de que, en toda aquella tragicomedia que llegaba a desarrollarse durante una guardia, plagada de pequeños dramas y sainetes, cabían los versos de Calderón de la Barca: “¿Qué es la vida? Un frenesí. ¿Qué es la vida? Una ilusión, Una sombra, una ficción; Y el mayor bien es pequeño Que toda la vida es sueño Y los sueños, sueños son”.

Es decir, la vida también era aquello. En aquello también se concentraba la gratitud del agente que era consciente de la respetuosa espera, sin cuestionamientos, del letrado. La súplica sincera de quien se veía rebasado por la vida cuando era detenido. El amable tono y escucha del interlocutor del colegio que designaba cada asistencia. La sonrisa del funcionario que empatizaba con el desasosiego del abogado, y la eventual complicidad profesional de los grandes rectores del proceso, sus señorías, los “mayores” frente a los esfuerzos de sus “pequeños”. Entre todos, cada día de oficio se convertía en una escuela de vida con la que todos, en su fuero interno, crecían como personas, sabiendo que su aceptación suponía la mejor superación de uno mismo.

#convocacióndeoficio



#convocacióndeoficio